

La Victoria, Villa Francia y La Legua: su lucha contra la dictadura

La libertad se ganó en la calle

José Miguel Jaque LN. 31 de diciembre de 2006

La resistencia más cruda al régimen militar se dio en las poblaciones. Con gente que le ganó al miedo. Pobladores convencidos que la vida no era vida sin libertad, trabajo y comida. Que luego de 17 años en la oscuridad hizo rondas en las calles. Pero ni la vuelta a la democracia ni la muerte de Pinochet los hace sentirse vencedores hoy.



Era octubre de 1972. Soledad Araos tenía 13 años y vivía sus últimos días de quinto de humanidades. Las vacaciones estaban a la vuelta de la esquina. Por eso sintió que tenía permiso para hacer otro de sus peluseos. Junto a su amiga Irma, sacaron la bolsa de leche en polvo y empezaron la guerra a la entrada de la Escuela No 27 La Victoria por la calle Independencia. “Para nuestros padres era todo un logro que tuviéramos leche en la casa, pero nosotros no le tomábamos el peso”, cuenta.

A Soledad le encantaban los festivales de la voz y las elecciones de reina que se hacían en La Victoria. Le gustaba ver cómo arreglaban los carros alegóricos con papeles de colores y globos. “A veces participaba. Otras, sólo me gustaba mirar como lo hacían”. Su padre era obrero municipal y eso era suficiente para tener a sus nueve hijos estudiando y terminar de levantar su casa. Lo hizo con sus propias manos y las de su hijo mayor, José, más las de sus compañeros del Partido Comunista. “Teníamos proyección. Teníamos sueños”, dice ella.

Esos son los últimos recuerdos buenos que tiene Soledad de La Victoria antes del golpe. El 11 de septiembre del '73, tenía 13 años y sueños que se vieron truncados. “Mi padre andaba arrancando. Mi hermano Roberto de 18 años fue detenido el mismo 11 y mi madre iba todos los días a buscarlo porque no sabíamos dónde estaba. La familia se volvió disfuncional y tuve que asumir roles en la casa”.

Soledad ya no es la niña de los sueños. Hoy es la tesorera de la junta de vecinos y sus recuerdos del pasado tienen pocos colores. Habla de una población cercada y prisionera del miedo. La elección de reina dio paso al juego de las protestas: unos eran los pacos y otros, los pobladores. Los jóvenes dejaron de ser libres. Ahora sentían cómo les pasaban el yatagán por el cuero cabelludo. Eran obligados a pasar descalzos por fogatas o sentarse en ellas. Vieron sus cuerpos adornados con perdigones.

“Vivimos todo ese terror. Los primeros años fueron terribles porque no sabíamos cómo venía la mano. Después fue como si la historia te obligara a tomar un rol en este proceso”, comenta su amiga Gloria Rodríguez, dirigente vecinal. “Al final, era defender tu vida. A nadie le preguntaban si era militante. Eras de La Victoria y atacaban a todo el mundo por igual”.

Las mujeres y los jóvenes tomaron el papel principal. La organización y la solidaridad ayudaron a convivir con el miedo. Así nacen las ollas comunes, los centros de recreación infantil, las escuelas para padres, los comités de cesantes, de los sin casa y de derechos humanos. Esos espacios facilitaron la coordinación entre las jefas de hogar y, a través de la Coordinadora Metropolitana de Pobladores, estaban en contacto con las otras poblaciones. También conformaron un comando poblacional con delegados de cuadras. “Así nos preparábamos para defendernos del abuso”.

Durante las jornadas de protestas, el padre Pierre Dubois salía a la calle y André Jarlan atendía a los heridos en la improvisada posta de la capilla. “La estrategia del padre Pierre era la no violencia. Nos enseñó a perder el temor cuando venía una protesta. Cómo tapar las rendijas para que no entraran las lacrimógenas, cómo hacer las zanjias para que no pasaran los furgones, cómo enfrentarlos cuando pretendían entrar a las casas”, cuenta Claudina Núñez. “Los tipos disparaban encima de nosotras, pero sabíamos que no podían pasar porque si no los chiquillos los iban a agarrar a pedrazos e iba a quedar la crema”.

Las mujeres no se atemorizaban con la invasión policial. Era una costumbre. Tanto así, que hubo días que se despertaron con los policías revolviéndolo todo en el living de la propia casa. “A mi casa llegaron a las cinco de la mañana en cuatro autos”, recuerda Claudina. “Cuando los vi ya estaban adentro. Se demoraron como tres horas en llevarme porque afuera estaba lleno de vecinas que no los dejaban. Cuando uno de ellos sacó un arma, les dije que no hiciera nada, que me iba para que no pasara a mayores. Igual mi mamá pidió a dos vecinos que me acompañaran como testigos. Para que no me sucediera nada”.

Cada allanamiento era acompañado por una multitud. Había que saber a quién se llevaron, dónde, las razones y las condiciones del arresto. “Teníamos que saber todo porque si no tergiversaban la historia”, agrega Claudina, “como pasó con el asesinato de André. Primero dijeron que estaba en una protesta, pero se dieron cuenta que funcionó la red de información y demostramos que la versión de los pacos era falsa”.

La muerte de Jarlan el 4 de septiembre del '84 fue un momento crítico. La gente no quería creer. “Si se atrevieron a matar a un cura, qué podrían hacerle al resto”, pensaron. Partieron calle por calle contando que lo habían matado. Tocarón las campanas. Las velas inundaron las calles. La gente se juntó en la iglesia. Era una muchedumbre. Ahí lloraron. Por la muerte del cura y por las lacrimógenas que les regaló la policía. La gente le gritaba al cardenal Fresno: “¿Este es tu acuerdo de paz? Nos mataron al cura”. También tuvieron que parar a los que querían volar el retén policial.

La Victoria soportó 30 allanamientos masivos durante la dictadura. El negro listado suma siete jóvenes asesinados en protestas, dos detenidos desaparecidos, dos ejecutados políticos. “Nosotros vivimos cosas terribles, inimaginables, pero de alguna forma fuimos felices porque teníamos un objetivo común y la solidaridad se expresaba en una forma impresionante”, resume Gloria.

La muerte de Pinochet devolvió la risa a la población. El carnaval fue espontáneo. Fue una fiesta como de esas que le gustaban tanto a Soledad. Pero duró sólo el momento. La frustración que se apoderó de La Victoria persiste. “Es que lo dimos todo. Nuestra juventud, nuestra familia. Todo. Y nada ha cambiado”, dice la Sole. “En tiempos de la toma fuimos los callamperos, en dictadura fuimos los terroristas y ahora somos los narcotraficantes”, concluye Claudina.

Villa Francia: adiós a los niños

El pasado 10 de octubre, Luisa Toledo asistió al Cementerio General donde se sepultaron los restos de un ejecutado político. Los familiares le pidieron que dijera algunas palabras. Luisa miró al cielo y rogó a las víctimas de la dictadura que hicieran fuerza para mandar a Augusto Pinochet “al quinto infierno”. Al regresar a su casa, un llamado telefónico sorprendió a la madre de los hermanos Vergara Toledo. Su súplica había sido escuchada. Luisa se olvidó de almorzar ese día. Estaba en otra.

“Fue algo mágico”, cuenta Manuel, su esposo. A la casa de los Vergara Toledo llegó mucha gente esa tarde. Hubo abrazos, risas y brindis con vinos guardados por años para la ocasión. Más tarde, aparecieron las barricadas en las calles y los fuegos artificiales. Fue una explosión de alivio y felicidad.

Villa Francia fue otro de los lugares donde el 11 de septiembre de 1973 se esfumó la alegría y, de un garrotazo, se instaló el miedo. La capilla Cristo Liberador se convirtió en un buen refugio. Allí funcionaba la comunidad cristiana encabezada por el padre Mariano Puga. “La dictadura juntó a creyentes y no creyentes. Se rompieron muchas barreras y prejuicios para trabajar juntos por un objetivo común, que era fortalecer los compromisos sociales y políticos”, recuerda Manuel Vergara.

El grupo empezó a tomar fuerza a partir de la solidaridad. Cuando se llevaban a un detenido, la gente iba a buscar a sus hijos para que participaran en un grupo folclórico. Así no quedaban solos ni pensaban en sus padres todo el tiempo.

Paralelamente, las bases partidistas abrían las primera ollas comunes y creaban la Coordinadora Maipú-Las Rejas. “Discutíamos qué era vivir en dictadura militar y buscábamos reivindicar el programa de la Unidad Popular. La gente no sabía por qué estaba sin pega o por qué no tenía qué comer”, recuerda Hernán Figueroa, ex militante socialista y fundador de la Villa con la “operación sitio”, solución habitacional del gobierno de Frei Montalva basada en la autoconstrucción de la vivienda.

Los niños crecían alrededor de reuniones clandestinas, mimeógrafos artesanales y panfletos. Los adultos realizaban procesiones con pancartas y los jóvenes hacían rayados. “Los chiquillos rayaban y después pasaba la camioneta municipal borrando todo. Hasta que un día quemaron la camioneta no más”, cuenta Vergara padre.

Con el comienzo de la acción más política, llegó la represión. Y la represión fue respondida con la autodefensa. “Mi hijo menor, Rafa, creó una especie de milicia para defender la población con barricadas. Eran puros niños que iban a las 4 ó 5 de

la mañana a buscar neumáticos a los vertederos. Se juntaban hasta 40 cabros y era re peligroso andar a esa hora en calle”.

La familia Vergara Toledo era conocida por la policía. Los hermanos Pablo, Eduardo y Rafael militaban en el MIR y los padres trabajaban en la Vicaría de la Solidaridad. “Era una pelea permanente contra los pacos”, cuenta Manuel. Una vez Pablo y Eduardo estaban haciendo un rayado. Llegó un oficial de la tenencia Alessandri. Ellos no arrancaron. Le discutieron frontalmente. Y siguieron pintando. Pero la escena no terminó. “Ya sé donde viven, ya me las van a pagar”, dijo el carabinero. El 29 de marzo de 1985, Eduardo y Rafael pagaron en manos de carabineros.

Su muerte fue un golpe duro, pero no apagó la rabia en la Villa. Combatir al régimen dictatorial en la calle era una idea internalizada en la población. Para Alba Díaz también. Por eso aceptó su suerte de ser la madre de un niño combatiente. Por muy terrible que fuera escuchar balazos y no saber si su hijo iba a volver. Esperarlo horas, días, semanas. Pero nunca pensó en pedirle que dejara todo eso. Que pasara más tiempo en la casa. Seguro. A su lado. “Sabía que la única alternativa era luchar contra el dictador o someternos, y no, eso era imposible”.

El menor de sus hijos, Miguel Leal, militaba en las Juventudes Comunistas desde los 14 años. En 1984, su padre fue abatido en un enfrentamiento y quedó recluido, su casa allanada y Alba torturada. Esto impulsó a Miguel a dejar los estudios e ingresar al Frente Patriótico. Desaparecía por largo tiempo y cuando regresaba, Alba se llenaba de alivio y alegría. “Fue tan rico ese tiempo en emociones, en la comunicación con los hijos, con los amigos, con la gente. Aprendimos a vivir intensamente porque no sabíamos qué nos iba a pasar”.

Alba no participaba activamente en la resistencia. No podía controlar el miedo. Pero su detención la hizo reaccionar. “Ya me pasó lo que tenía que pasar, dije, sin haber hecho nada. La próxima vez, que me pase con razón”. Se sumó al taller de mujeres pobladoras que apoyaba a los jóvenes con alimentos y trasladaba los bidones con bencina para no despertar sospechas. “Salíamos a entregarles un vaso de leche y pan amasado casi al pie de la barricada”.

Un día, el destino cruzó una ráfaga de balas en el camino de Miguel. Era la protesta del 5 de septiembre del '86 y, además, el aniversario de las JJCC. El mitin tenía que terminar con algo grande. “Alguien gritó ‘las palabras no bastan, queremos hechos. El pueblo tiene hambre, vamos a la panadería’”, recuerda Alba y la voz le empieza a temblar.

Justo ese día, alguien hizo una denuncia por tenencia de armas. Varios micros y furgones policiales llegaron a allanar la Villa. También helicópteros. Miguel quedó encerrado en la panadería con otra compañera. Negoció el escape de la mujer, pero él no salió.

Miguel quedó immortalizado en los muros de los blocks de la Villa Francia, junto a Eduardo y Rafael Vergara Toledo. Alba dice que le da pena no tener a Miguel. “Pero siento orgullo de mi hijo. De su decisión. De su manera de enfrentar la muerte”.

La Legua no se rinde

Fue el punto de resistencia más duro. Pobladores armados y trabajadores de la vecina textil Sumar se enfrentaron a las fuerzas militares. Un bus policial quedó completamente inutilizado. Una ambulancia de carabineros debió devolverse. Un helicóptero militar regresó a la base por la lluvia de proyectiles. La resistencia logró su objetivo pero perdió a tres de sus hombres en combate.

“La cabrería pedía armas y la gente enfrentaba el golpe en la calle. Si aquí se demoraron una semana en entrar los milicos”, recuerda Enrique Molina, dirigente social y fundador de La Legua por el año 47. Los intentos por acallar la resistencia se hicieron más feroces. El vuelo rasante de los aviones hacía temblar los techos. La amenaza de bombardeo parecía firmada. “Corría toda clase de rumores que buscaban acobardar a la gente para que no opusieran firmeza”.

El domingo 16 el escenario se tornó sombrío. En La Legua vieron llegar una muchedumbre de militares en tanquetas. Los helicópteros se sentían arriba de las cabezas. Con allanamientos y detenciones, apagaron a los insurrectos. “La columna de tanques cortó la población en cuatro. No podías salir a la calle y comunicarte con la gente del frente. ¿Cómo organizabas resistencia alguna así? Sacaban los hombres a la calle y los golpeaban delante de todos para producir espanto”.

Molina trabajaba en una cooperativa. Repartía leche para todos los compañeros en la población. Fue detenido en octubre del 73 con estadía por Tres Álamos y Capuchinos. Dos años después fue liberado y regresó. Pero La Legua era otra. El hombre intentó volver a lo suyo y reabrió su taller de armaduras metálicas. Pero nadie cruzaba el umbral. No había amigos ni clientes para alguien “marcado”. Ya no tenía leche que dar. Sin embargo, el primer 18 de septiembre de vuelta en casa quedó en su memoria. Escuchó que alguien golpeó la puerta. Fue a abrir y no había nadie. Miró al suelo y vio una botella de pisco envuelta en una bandera chilena. “Nunca supe quién la dejó. Pero entendí que había gente que no se atrevía a solidarizar conmigo públicamente”, dice emocionado.

La Legua fue recuperando el alma de a poco, pero la agudización de la cesantía y la pobreza generaron más rabia. La gente se acostumbró a dormir a sobresaltos. A ver caer bengalas desde los helicópteros. A vivir con un contingente policial afuera de la casa. A ver pasar “la micro”, que en cada redada se llevaba a cualquier desprevenido sin razón.

La muerte del dictador fue casi una ironía. Ese domingo 10 se conmemoraban los derechos humanos y en la Plaza Salvador Allende se realizaría un homenaje a las víctimas de La Legua. En total 44. “Se inauguraba un monolito a los jóvenes caídos. Era un acto donde se consideraban unas cien o doscientos personas. De repente llegó todo el mundo a la plaza a celebrar la muerte de Pinochet. Fue una fiesta”, cuenta Miguel. Él no celebró. Quería ver destruido el mito por completo. “Estaba a una semana de ser declarado reo. El viejo zorro murió en el momento preciso”, se lamenta.



Información disponible en el sitio ARCHIVO CHILE, Web del Centro Estudios “Miguel Enríquez”, CEME: <http://www.archivochile.com>

Si tienes documentación o información relacionada con este tema u otros del sitio, agradecemos la envíes para publicarla. (Documentos, testimonios, discursos, declaraciones, tesis, relatos caídos, información prensa, actividades de organizaciones sociales, fotos, afiches, grabaciones, etc.)

Envía a: archivochileceme@yahoo.com

NOTA: El portal del CEME es un archivo histórico, social y político básicamente de Chile. No persigue ningún fin de lucro. La versión electrónica de documentos se provee únicamente con fines de información y preferentemente educativo culturales. Cualquier reproducción destinada a otros fines deberá obtener los permisos que

correspondan, porque los documentos incluidos en el portal son de propiedad intelectual de sus autores o editores. Los contenidos de cada fuente, son de responsabilidad de sus respectivos autores, a quienes agradecemos poder publicar su trabajo.

© CEME web productions 2003 -2007 